



IDENTIDAD CHILENA, UN DISCURSO INACABADO¹

Gloria Favi Cortés²

RESUMEN:

No hay investigaciones sistemáticas que den cuenta de la génesis de la identidad nacional, pero encontramos fuentes y antecedentes que nos permitirán bosquejar una hipotética imagen alternativa de la identidad chilena y que intentará complementar las que han construido las instituciones y organismos culturales legitimadores. Las primeras imágenes sobre el país y sus habitantes se encuentran en las crónicas, cartas y poemas escritos entre los siglos XVI y XVII (Valdivia, Ercilla, Oña, Góngora Marmolejo, Ovalle) y las observaciones de los viajeros extranjeros que han escrito sobre Chile en la mitad del siglo XIX (María Graham, Samuel Haigh, Max Radriget), historiadores nacionales y ensayistas que han indagado en los mitos y auto-imágenes que construyen nuestra identidad (Vicuña Mackenna, Encina, Amunátegui, Eyzaguirre, Góngora) y en las páginas de poetas y novelistas (Joaquín Edwards, Gabriela Mistral, Pablo Neruda, Nicanor Parra). En qué medida sobreviven en la actualidad los rasgos detectados en estas fuentes, serán las reflexiones de las que nos ocuparemos, junto con la necesidad de incluir percepciones y enfoques para la construcción de una identidad alternativa, propia de nuestra sociedad mediática en el siglo XXI.

Palabras claves: Historia, memoria histórica, identidad, discursos, Chile.

ABSTRACT:

CHILEAN IDENTITY, AN UNFINISHED DISCOURSE

There are no systematic investigation that may give knowledge of the birth and national identity but we can find sources and background information that will allow us to have an alternative and hypothetical image of the Chilean identity that will try to complement the one that has supposedly been built by cultural organisms and institutions. The first images of the country and its inhabitants is found in the chronicles of the 17th century (Pedro de Valdivia, Alonso de Ercilla, Pedro de Oña, Gongora Marmalejo Alonso Ovalle). They are also found through the observations of foreign travelers that have written about Chile in the first half of the 19th century (Maria Graham, Samuel Haigh, and Max Radriget) national historians and essay writers that have done research on the myths and self image which builds our identity (Vicuña Mackenna, Encina, Amunategui, Eyzaguirre, Gongora) and through the pages of poets and novelists (Joaquin Edwards, Gabriela Mistral, Pablo Neruda, Nicanor Parra). The topic, which concerns us to analyze, is up to what point the features detected on those sources survive nowadays, together with the need to include perceptions and perspectives for the construction of on alternative identity, characteristic of our society of the 21st century

Key words: History, historical memory, identity, discourse, Chile.

Las preguntas por nuestra identidad no sólo corresponden a qué somos, sino también, a qué queremos ser. Si se piensa la identidad nacional como una esencia inmutable, construida en un pasado remoto, toda alteración implicaría una pérdida; en cambio, si definimos nuestra identidad como un proceso histórico en permanente construcción, implicaría que nuestra identidad nacional no se ha perdido, sino más bien ha cambiado, y correspondería al proceso inagotable de construcción y desconstrucción de nuestra "comunidad imaginada". De esta forma, nacemos con los versos de *La Araucana*, de Alonso de Ercilla y Zúñiga, en 1569:

¹ Este trabajo corresponde al Proyecto DID 2003, código SOC 0312-1, de la Universidad de Chile.

² Favi Cortés, Gloria, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile, Santiago, Chile.

“Chile, fértil provincia y señalada
 en la región Antártica famosa
 de remotas naciones respetada
 por fuerte, principal y poderosa:
 la gente que produce es tan granada
 tan soberbia, gallarda y belicosa,
 que no ha sido por rey jamás regida
 ni a extranjero dominio sometida.”³

“La gente es crecida, doméstica y amigable y blanca y de lindos rostros, así hombres como mujeres, vestidos todos de lana a su modo...”, de esta forma, nos describe Pedro de Valdivia, en las cartas enviadas al Emperador Carlos V, el 25 de septiembre de 1551. Nuestro primer publicista logró que el Emperador Carlos V enviara recursos para continuar su empresa fundadora. Allí afirmaba:

“Mi interés no es comprar un palmo de tierra en España, aunque tuviese un millón de ducados, sino servir a Vuestra Majestad con ellos, y que me haga en estas tierras mercedes, y para que de ellas después de mis días gocen mis herederos y quede memoria de mí...”

Valdivia muere en la terrible empresa (1553), pero nos reivindica frente a los lamentos de nuestro descubridor, Don Diego de Almagro (1535), quién así llora: “*esta tierra tan mal infamada que como de la pestilencia huían de ella*”.

Nada detuvo a Pedro de Valdivia en su tarea para crear a Chile, y, es, en definitiva, la divisa de su escudo de armas, “La muerte menos temida da más vida”, la que nos ha permitido aceptar, sin objeciones, su integración a nuestra patria nativa.

Los cronistas coloniales del siglo XVI, igual que Ercilla y Valdivia, revelarían la misma visión cordial y admirativa hacia sus tenaces adversarios. Alonso de Góngora y Marmolejo en su *Historia de Chile desde el descubrimiento hasta el año 1575*, nos describe del modo siguiente: “*Es gente bien agestada, por la mayor parte blanca, bien dispuestos... son grandes enemigos de los españoles y de toda gente extranjera.*”... Respecto a las dotes guerreras señala: “*Son los más belicosos indios y guerreros que se han visto en todas las Indias, y que no pueden acabar consigo a tener quietud sin morir o libertarse...*”

En 1629, cerca de Yumbel, es tomado prisionero Francisco Nuñez de Pineda y Bascuñán; seis meses duró su cautiverio que él considera feliz. Él nos entrega la imagen más noble de los araucanos: “*no hay nación en el mundo que tanto estime y ame el suelo donde nace, como ésta de Chile*”. Resume la opinión sobre los nativos con las siguientes palabras: “*Generosidad de ánimo, pecho noble, ilustre sangre y un natural discursivo, regido y encaminado de un entendimiento vivo y cultivado: que no son tan bárbaros como los hacen, tan crueles como los pintan, ni tan mal inclinados como los juzgan los que no han experimentado su trato.*”⁴

La mayor parte de los cronistas de los siglos XVI y XVII, especialmente los que consignaban alabanzas para nuestros pueblos nativos, permanecieron inéditos hasta la mitad del siglo XX. De esta forma, nada contradecía los discursos racistas de Diego Barros Arana, Tomás Guevara o Francisco Encina al comenzar el siglo XX.

³ Alonso de Ercilla y Zúñiga, *La araucana*, Canto I, 1569.

⁴ Francisco Nuñez de Pineda, *Cautiverio feliz*, 1863.

Barros Arana, en el tomo I de su *Historia General de Chile (1884-1902)*, dice de los araucanos: "Sus facultades intelectuales habían alcanzado, tal vez, menos desarrollo que sus facultades morales. Eran incapaces de fijar su atención en ninguna idea superior a la satisfacción inmediata de sus necesidades materiales." Finaliza su retrato del indio con estas palabras: "Sólo en la guerra demostraban cualidades superiores de inteligencia y actividad... Estas grandes dotes guerreras han hecho olvidar, en cierto modo, su ignorancia y sus vicios, les han conquistado una brillante página en la historia y los han convertido en héroes de una epopeya." Pero, los cronistas coloniales de los siglos XVII y XVIII, algunos viajeros extranjeros, estudiosos chilenos como José Toribio Medina y la reescritura latente de la historia social del pueblo de Chile que realizaban los poetas y cantores populares a fines del siglo XIX, configuraban la dialéctica contra estos discursos institucionales de la época.

¿Cuándo se forma el pueblo chileno como un conglomerado diferente de los grupos étnicos originales? Sabemos que la formación de un pueblo es gradual, casi imperceptible y no está registrada en los documentos históricos; de esta forma, al mestizaje que se produce entre los intercambios sociales y culturales en las encomiendas, se suman las actividades guerreras en las zonas de la Frontera. En el siglo XVIII, numerosos mestizos, gradualmente, adoptan apellidos españoles, hablan castellano y usan vestimentas europeas. El nuevo pueblo, según registran los cronistas, también ama extrañamente a su patria, y sus rasgos culturales construyen una sólida unidad entre su saber autóctono y el saber europeo que han difundido los conquistadores españoles.

Pero, ¿cuándo se destruye la unidad cultural del pueblo mestizo? Sabemos que la Independencia de Chile produce una profunda división entre las clases dirigentes de origen criollo y el bajo pueblo producto del mestizaje cultural, lejanía que revela el desconocimiento de las elites sobre las particularidades de las identidades populares; por esto, sólo han quedado algunas huellas en los escritos de los viajeros extranjeros, algunas páginas de los costumbristas del siglo XIX y el aporte silencioso de la poesía popular.

¿Cómo se construye desde las elites el carácter nacional? "Nada valen las instituciones si no están apoyadas sobre el carácter nacional", escribe, en 1830, desde Londres, Mariano Egaña. Su Constitución Política, de 1833, duró casi un siglo, pero excluyó casi a la totalidad de los chilenos, vale decir, a los mapuches, a las mujeres y a los pobres.

La República de Chile, construida bajo "el peso de la noche", o sea, sobre la ignorancia del pueblo, aspiraba al orden y a la afirmación de la identidad. En la "Carta de Jamaica", fechada el 6 de Septiembre de 1815, Simón Bolívar profetiza: "Si alguna República permanece largo tiempo en América, me inclino a pensar que será la chilena. Jamás se ha extinguido allí el espíritu de libertad: los vicios de Europa y del Asia llegarán tarde o nunca a corromper las costumbres de aquel extremo del universo..."⁵

Chile, efectivamente, se salvó de la anarquía y el caos que debieron soportar los otros países de la América Española, y, entre 1810 a 1830, el país realizó la transición desde la Colonia a la República, y su tarea más urgente fue organizar el nuevo Estado independiente. Se intentaba construir una República racional e inteligente basada en la experiencia acumulada de los chilenos y que, a la vez, configurara la madurez histórica y política de Chile. Todo parecía posible, aun la utopía, así se organizaron los cuadros intelectuales para pensar la República de Chile al ritmo de Juan y Mariano Egaña, Andrés Bello y José Joaquín De Mora;

⁵ Op. Cit. *El carácter chileno*, Hernán Godoy, p. 159.

a un ritmo lento y temeroso de los cambios radicales que podrían provocar desorden y violencia. Se consolida “La República Modelo”, un nuevo despotismo que aspiraba al control y al orden social.

Pero ¿qué ocurría con el pueblo de Chile, aquél que raras veces llegaba a adquirir el alfabeto? A través de todo el siglo XIX, el Estado y las elites –con ocasión de guerras y crisis– elaboraron las primeras versiones discursivas de la “Identidad Nacional” para integrar a amplios sectores populares “en un sentido de comunidad patriótica imaginada” que debía ser defendida frente a los enemigos externos. Así se generaron los primeros artificios simbólicos para afianzar los sentimientos de patria y chilenidad: el escudo (1834), el himno patrio (1847) y la bandera (1854). El Estado y la elite –en el siglo XIX– construyeron su propia identidad de clases marcada por el racismo, el desconocimiento de la cultura popular y la desvalorización de la identidad latinoamericana frente a la admiración por la cultura europea; situación que los autorizaba para calificarse como “los ingleses de América” y participar del más alto consumo suntuario que registra la historia de Chile. Tal estilo de vida se oponía a la forma de vida del roto, hombre apasionado, imaginativo y andariego, quien no encuentra un sitio apropiado en ningún lugar establecido.

Finalmente, es la poesía –y no el discurso político–, en los comienzos del siglo XX y en los inicios del siglo XXI, la que determina una variación en la construcción simbólica de las identidades populares. Alone (Hernán Díaz Arrieta) nos confirma: “*Bajan del primer plano y se esfuman los viejos personajes que hacían la historia y la escribían: Eran presidentes, ministros, embajadores o arzobispos; ahora ocupan su lugar las personas modestas, pequeños empleados, bohemios sin familia conocida, una maestra de escuela rural, y el hijo de un conductor de trenes, de tan humilde procedencia que algunos ignoran su verdadero nombre...*”⁶

Carlos Pezoa Véliz (1879-1908) construye –en la poesía– la insignificancia histórica que se asignó a la figura del roto; su decir implica un contrapunto con el discurso patriótico institucional que simulaba la identidad del bajo pueblo en Chile:

“Era un pobre diablo que siempre venía
cerca de un gran pueblo donde yo vivía
joven, rubio y flaco, sucio y mal vestido
siempre cabizbajo... ¡Tal vez un perdido!”

[...]

“Una paletada le echó el panteonero;
luego lió un cigarro, se caló el sombrero
y emprendió la vuelta tras la paletada
nadie dijo nada, nadie dijo nada.”⁷

Nadie dijo nada sobre los vagos y forasteros de los finales del siglo XIX e inicios del XX que debían realizar caminatas de sobrevivencia por todos los caminos de Chile. La “aspiración al orden” –impuesto desde la era portaliana– estaba sustentada en edictos y normas sociales excluyentes.

La “Breve descripción de Chile”, conferencia que Gabriela Mistral dictó en Málaga, en 1934, nos califica comparativamente: “*Brasil, o el cuerno de la abundancia; Argentina, o la convivencia universal; Chile, o la voluntad de ser*”.⁸

⁶ Hernán Díaz Arrieta, *Historia personal de la literatura chilena*, Editorial Zig-Zag, Santiago, 1962, p. 16.

⁷ Carlos Pezoa Véliz, *Poesía chilena contemporánea*, Editorial Andrés Bello, Santiago, 1984, p. 15.

⁸ Gabriela Mistral, citada en *Revista Orfeo* N° 6-4.

Es la voluntad de ser de nuestro pueblo chileno la que provocó la admiración en Curzio Malaparte –escritor italiano– quién así nos describe: “*Cuando un día vuelva a Europa, a Italia, y alguien me pregunte cuál ha sido mi mejor, mi más querida y preciosa experiencia en Chile, contestaré: La dignidad del pueblo, su gentileza y su respeto hacia todos los que como ellos sufren, ya sean hombres o animales. Responderé que si todos los pueblos de Europa, aun aquellos que se creen los más cristianos y los más humanos, poseyeran la dignidad y la humanidad del pueblo chileno, su porvenir no sería tan oscuro, ni sería tan incierta la suerte de la civilización europea.*”⁹

Sabemos que estos rasgos heroicos, atribuidos a nuestra identidad, han sido destacados especialmente por los cronistas coloniales y los visitantes extranjeros en todas las épocas. Esta condición desgarrada que se manifiesta en el escepticismo trágico de nuestro pueblo, estaría parcialmente reflejada en los universos simbólicos que han creado narradores y poetas chilenos desde los inicios del siglo XX. Así nos reconocemos en la fatalidad de “Laguna” y la resuelta búsqueda de su destino; en el sacrificio solidario del “Chilote Otey”, fusilado en la Pampa; en la muerte del “Cabeza de Cobre”, devorado por el *Chiflón del Diablo*; en la dignidad del “Negro Chávez” y su desafío a los abismos para humillar a sus captores.

Pero, en el mundo real, la identidad es un proceso social de construcción discursiva que no correspondería a una esencia innata dada; de esta forma, no es posible calificar al pueblo chileno como esencialmente: a) solidario b) digno c) fatal d) alegre e) triste; porque sólo en el cosmos acabado de la literatura, donde los destinos se resuelven en el tiempo del relato, es posible fijar, en la magia del instante, al ser que se inscribe en el destino secreto de los textos.

En este continuo movimiento discursivo de pertenencia y de pérdida, intentamos buscar ciertos rasgos distintivos, alguna raíz en las sombras, para entregar algunos indicios sobre esta esquiva, movediza e incierta identidad. Nos preguntamos: ¿es posible calificar en la identidad culinaria uno de nuestros rasgos particulares? La respuesta estaría en la poesía de Pablo de Rokha:

“Y ¿qué me dicen ustedes de un costillar de chanco con ajo, picantísimo, asado en asador de maqui, en junio, a las riberas del peumo o la patagua o el boldo que resumen la atmósfera dramática del atardecer lluvioso de Quirigua...” “...la chichita bien madura brama en las bodegas como una gran vaca sagrada...” “...y la empanadita fritita, picantoncita, y la sopaipilla que en tocino ardiente gimieron, se bendicen entre trago y trago...”¹⁰

La chicha, el chanco y el ají, disfrutados bajo la sombra de los boldos, maquis, peumos y pataguas, nuestra flora nativa, se manifiestan afectivamente con el uso de los diminutivos “chichita, empanadita, fritita, picantoncita”, expresiones características del español hablado en Chile y que junto con el mestizaje de voces mapuches y castellanas, constituye uno de los rasgos distintivos de nuestra cultura.

“Nunca salí del horroroso Chile”
“Otras lenguas me inspiran un sagrado rencor;
el miedo de perder con la lengua materna
toda la realidad. Nunca salí de nada”.¹¹

⁹ Curzio Malaparte, “Por qué amo a Chile”, publicado en el diario *La Nación*, 13 de septiembre de 1953.

¹⁰ Pablo de Rokha, *Epopeya de las bebidas y las comidas de Chile*.

¹¹ Enrique Lihn, *A partir de Manhattan*, p. 53.

El canto de amor a este sitio eriazo, remoto y presuntuoso, en las palabras de Enrique Lihn, configura los fragmentos circulares de voces que se agolpan ansiosas para emerger en este presente impreciso.

“Nadie ha dicho una palabra sobre la Bandera de Chile
 en el porte en la tela
 en todo su desierto cuadrilongo
 no la han nombrado
 La Bandera de Chile
 ausente”

[...]

En otros tiempos
 representa la Bandera de Chile
 un 15% allí donde brilla la estrella para el 10%
 representa
 de blancos un 20% de muy pálidos
 representa la Bandera de Chile en rojos La Bandera de Chile
 nunca el 100% nunca [...]

La Bandera de Chile no se vende
 Le corten la luz la dejen sin agua
 Le machuquen los costados a patadas [...]

La Bandera de Chile es usada de mordaza
 y por eso seguramente por eso

nadie dice nada”¹²

El poema escrito en 1981, poco después que Elvira Hernández –su autora– fuera detenida por la policía política de Pinochet, exhibe la versatilidad de un discurso que transforma la Bandera de Chile –artificio simbólico del poder– en nuestro cuerpo herido, en los fragmentos de la historia, en nuestras voces acalladas y en el símbolo múltiple de todo lo que queremos ser, creer e imaginar.

BIBLIOGRAFÍA

- Amunátegui, Domingo** (1943): *Formación de la nacionalidad chilena*. Santiago, Universidad de Chile.
- Edwards Bello, Joaquín** (1976): *Crónicas del tiempo viejo*. Santiago, Nascimento.
- Edwards, Alberto** (1945): *La fronda aristocrática*. Santiago, Editorial del Pacífico.
- Eyzaguirre, Jaime** (1986): *Fisonomía histórica de Chile*. Santiago, Universitaria.
- Godoy, Hernán** (1981): *El carácter chileno*. Santiago, Universitaria.
- Graham, María** (1992): *Diario de mi residencia en Chile*. Santiago, Francisco de Aguirre.
- Larraín, Jorge** (2001): *Identidad chilena*. Santiago, LOM.

¹² Elvira Hernández, *La bandera de Chile*, 1991.